

La conversión pastoral desde las periferias según el Papa Francisco

Andrea Riccardi

Un encuentro pascual

Estoy muy contento de hablar al clero de la Archidiócesis de Madrid, también por la amistad hacia vuestro Arzobispo, titular de la bella basílica romana de Santa María in Trastevere, a la que estoy muy vinculado y de la que él ha tomado posesión hace poco con una emocionante liturgia. Pero estoy muy contento de estar aquí porque la Iglesia de Madrid es una relevante encrucijada para el cristianismo europeo. No solo porque de Madrid vienen experiencias y figuras significativas, sino porque la calidad de vida espiritual y eclesial de esta gran Iglesia tiene un relieve especial para los cristianos europeos en la buena batalla de conservar la fe, comunicar el Evangelio y vivir la caridad.

Pero hay otro aspecto menos conocido que hace significativa a mis ojos la Iglesia de Madrid: es una Iglesia de mártires. Con Juan Pablo II, bajo su impulso personal, he estudiado la historia de los nuevos mártires y estoy convencido de que debemos abrir con más fe el testamento que nos han dejado y que han dejado a esta Iglesia madrileña.

Nuestro encuentro de hoy es un encuentro pascual. Las Pascuas de nuestra vida no son infinitas, sino un número limitado y todas diferentes: aquellas ingenuas de la infancia, de los momentos difíciles, o de gran alegría. Nunca iguales, aunque sólo sea porque iluminan un mundo que cambia. No siempre es fácil encontrar a Cristo resucitado. Los ojos de los discípulos están asustados y se dirigen al pasado. Muchas veces consideramos el Evangelio y el cristianismo como un pasado que hay que conservar en el presente.

Los discípulos tienen miedo del presente y cierran las puertas de su casa. El resucitado supera las puertas cerradas, va en medio de ellos y habla. De esta forma les proyecta fuera de su ámbito: “que vayan a Galilea; allí me verán” dice en Mateo (28, 10). O les manda evangelizar el mundo. Encuentra a dos que van camino de Emaús mientras vuelven a la aldea de su pasado. Interroga a Pedro, desorientado, en el lago de Tiberíades. Lo interroga sobre el amor por él y le da de nuevo confianza: “Apacienta mis corderos” (Jn 21, 15), o “Apacienta mis ovejas” (Jn 21, 16). El encuentro con el resucitado hace de Pedro un pastor que de inmediato se ocupa de la suerte de Juan, poniendo una pregunta al Señor sobre él. Se podría

decir que el diálogo entre Jesús y Pedro sobre el amor es un modelo de conversión pastoral: Si me amas, ¡sé pastor de mi gente!

El resucitado llama a los discípulos a salir en medio de las naciones para comunicar el Evangelio. Lo encontrarán vivo si van a amaestrar las naciones: “Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). Si salen, lo encuentran resucitado. Jesús vivo se encuentra cuando se va adelante a comunicar el Evangelio, fuera de nuestro perímetro habitual. Jesús está en otro lugar, en la periférica Galilea. Jesús no está en el pasado, prisionero de los lugares de siempre, en la defensa o en la conmemoración del pasado, hasta el punto que las mujeres escucharon decir al ángel: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado” (Lc 24, 5). Por esto siento oportuno hablar hoy de “conversión pastoral” en esta Pascua 2017. En esta luz pascual, el resucitado nos espera en el futuro y en otro lugar.

Muchas veces, cuando hablamos de la Iglesia o del cristianismo, nos dirigimos al pasado: una herencia que tratamos de defender en el presente. La secularización erosiona cada día algo de la herencia cristiana recibida. De esta forma el pasado se convierte en el buen tiempo antiguo del que se tiene nostalgia. Y vivimos en el presente como en un mundo poco acogedor hacia el Evangelio. Nos encerramos en nuestros ambientes: aceptamos ser una minoría, cuyo lugar en el futuro será el de serlo aún más. Esto se ve también cuando hablamos de los jóvenes y de su fe.

El mensaje de Francisco

El Papa Francisco nos pide sintonizarnos con él y salir de los lugares en los que hemos vivido. De alguna manera, la comunión con el Papa significa caminar con él en la historia. Aquí está el orgullo de ser católicos: lo digo de forma sentida, con convicción y humildad. Los católicos, por la dinámica profunda de su Iglesia entre tradición y futuro, no pueden ser prisioneros del pasado. Cada Papa nos introduce, con su perspectiva, en el futuro. Es un hecho intrínseco a la dinámica católica. Los católicos no son tradicionalistas en el sentido de que no son prisioneros del pasado.

En 1967, Joseph Ratzinger interpretaba así el Vaticano II: “El Concilio marca el paso de una actitud de conservación a una actitud misionera, y el concepto conciliar contrario a

‘conservador’ no es ‘progresista’, sino ‘misionero’”. Francisco es misionero: siente la necesidad de “una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están” -escribe en la *Evangelii Gaudium*. En esta perspectiva pide de forma apremiante una improrrogable “renovación misionera” en medio de la gente.

Muchas veces llevamos en los bolsillos la verdad y las formas de comunicarla. Sin prisa ni ansia. Un conservadurismo pastoral: ¡repite lo que se ha hecho y harás bien! Todos somos más tradicionalistas y conservadores de lo que creemos (también los que se sienten progresistas). Es el reflejo de una sociedad de viejos. Además, conservar parece algo natural en un mundo global, sometido a muchos vientos de cambio y sin fronteras. La globalización da miedo y nos hace conservadores. En esto se juega una dosis de pesimismo sobre el mundo y sobre la Iglesia: cambiar, buscar, moverse, no sirve de nada. De todas formas, el mundo va mal. Se corre el riesgo de perder lo poco que tenemos. En el fondo, debemos contentarnos con ser una minoría, quizá de puros y duros.

Sobre los cristianos pesimistas el Papa dice: “su opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua”. El conservadurismo tiene una raíz espiritual: la pereza intelectual y práctica que nacen del rechazo a la fatiga de cambiar o de hacer un trecho más de camino. Escribe Francisco: “hay que abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así»”. A veces el cristiano o el sacerdote hacen como el hijo mayor de la parábola del Padre misericordioso, consciente de lo que se ha fatigado, no se interesa por el hermano menor, no está dispuesto a seguir al Padre en su misericordia: “Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos” (Lc 15, 29). Es un discurso triste, de alguien que ha estado en casa pero no ha conocido la misericordia que habita en ella.

A veces algunos sacerdotes dicen: “el Papa nos corrige y nos critica, pero no dice nunca que gracias a nosotros las parroquias continúan...”. A veces se escucha decir que el Papa es duro con los curas mientras es tierno con los alejados. Es verdad, Francisco, aun siendo un hombre capaz de ternura, no se explaya en cumplidos: habla a los curas como cura o como obispo o como hermano que conoce sus dificultades. No exalta un sacerdocio angelical, pero está convencido de que los sacerdotes son decisivos para una Iglesia capaz de comunicar el Evangelio. Tiene un sentido elevado del ministerio sacerdotal. Sin embargo, conoce la fragilidad del sacerdote. Ha dicho al clero romano: “Me gusta repetir que un sacerdote o un obispo que no se siente pecador, que no se confiesa, se encierra en sí mismo,

no progresa en la fe”. Para él, la imagen del sacerdote es Pedro pecador que se convierte en pastor.

Un pastor del mundo global

Francisco ha intuido en profundidad la situación del mundo de hoy. Viene de una megalópolis, Buenos Aires, donde se manifiestan muchos problemas de la globalización. En él hay una comprensión muy fina de la humanidad de nuestro tiempo que hace de él un verdadero experto de humanidad. Los cardenales le han elegido porque quedaron impactados de sus palabras:

“La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir a las periferias, no sólo geográficas, sino también a las periferias existenciales: donde reside el misterio del pecado, el dolor, la injusticia, la ignorancia, donde hay desprecio de los religiosos, del pensamiento y donde están todas las miserias”.

Las periferias son un desafío en un mundo que en 2008 se ha vuelto mitad urbano y de periferias: marcado por procesos de “periferización” de masas o de personas, típicos de la globalización. La “periferización” es la ausencia de un centro de referencia y de lazos. Está el pecado, el dolor, la ignorancia, el desprecio de los religiosos y del pensamiento: todas las miserias -dice el Papa con una intuición dramática. El Papa no es un optimista fácil, tiene un sentido dramático de la lucha conducida por el mal. Hace dos semanas, en la basílica de los Nuevos Mártires en Roma, ha hablado del “suicidio de Europa”.

Francisco sabe que la fe y la humanidad son periféricas en la ciudad, pero pide no tener miedo, encerrándose en perímetros eclesiales o haciendo guerras. En el Papa hay mucha confianza en la fuerza atractiva del Evangelio. “Dios vive en la ciudad” -afirma en el sentido de que la presencia de Dios es más amplia que nuestros circuitos. Hay, también lejos de nosotros, preguntas de oración y de sentido, una religiosidad difusa, que no encuentra interlocutores que ayuden a madurar la fe. Hay muchos falsos profetas en un siglo XXI cada vez más marcado por una religiosidad vaporosa. Se ve con el desarrollo de las denominadas comunidades de la prosperidad o neoprotestantes, que en América y África se están convirtiendo en la religión del futuro. También en Europa. Se desvanece la idea de una ciudad

secular, en la que la Iglesia es una isla religiosa asediada. Todo es más complejo y ambiguo, pero no cerrado a la fe.

Las nuestras han sido sociedades del vivir juntos, en las que la familia ha desempeñado un fuerte papel, como la red comunitaria. Hoy sin embargo la gente vive sola: una sociedad de individuos, en los que con fatiga se puede construir una familia, con lazos intermitentes, desafiados por la competición, por la búsqueda fatigosa de trabajo. La sociedad global se vuelve menos comunitaria. El hombre y la mujer no viven bien solos. Una sociedad de solos, un poco huérfanos, un poco deprimidos y un poco arrogantes.... Crecen los NINIS, los jóvenes que ni estudian ni trabajan: gente que se encierra en casa. El Papa escribe en la *Evangelii Gaudium*:

“El miedo y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas, incluso en los llamados países ricos. La alegría de vivir frecuentemente se apaga, la falta de respeto y la violencia crecen, la inequidad es cada vez más patente. Hay que luchar para vivir”.

Cuando la ciudad abandona una parte de sí en la periferia, nunca podrá tener seguridad ni tranquilidad. La ciudad global pierde cada vez más su centro y se dilata en muchas periferias. No lo digo para cortejar al Papa, sino porque desde hace décadas siento y escribo cómo las periferias son el lugar donde se juegan la fe y la humanidad. Un mundo en el que muere el prójimo y el sentido de comunidad en la “tristeza individualista -dice Francisco- que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada”. ¿Qué hacer? El Papa ofrece una indicación simple y preciosa para que renazcan la fe y la humanidad: comunicar el Evangelio, dejando de lado nuestro aparato ideológico y estructural. No darse cuenta de ello es ceguera.

En un cierto sentido este mensaje de Francisco es el último tren –aunque sólo Dios conoce el mañana- para viajar a un tiempo nuevo y a un cristianismo amplio y de pueblo. Si perdemos este tren, ¿se nos dará otro inmediatamente después? No lo sé, aunque la historia de la Iglesia no es una estación ferroviaria... Quizá se nos dirigirá la palabra de Jesús sobre los que no han aceptado a Juan Bautista: “Él era la lámpara que arde y alumbraba y vosotros quisisteis recrearos una hora con su luz” (Jn 5, 35). La lámpara de Francisco ilumina mucho porque refleja el Evangelio y puede conducirnos a una nueva primavera de la Iglesia, para que vuelva a florecer la humanidad entre la gente, fuera de los inviernos. Recibir el mensaje del

Papa es mezclarse en la vida de un pueblo periférico de muchas formas: Francisco nos ayuda en los cambios, pero no pretende dar reglas pastorales.

Francisco cree que en el mundo existe un pueblo sediento de Dios, aunque con sus contradicciones. Es la visión de Pablo en Corinto, cuando el Señor le dijo: “No tengas miedo, sigue hablando y no te calles; porque yo estoy contigo y nadie te atacará para hacerte mal, porque tengo yo un pueblo numeroso en esta ciudad” (Hch 18, 9-10). Dios tiene un pueblo en la ciudad, que el apóstol no conoce, pero lo encontrará sólo si continúa hablando sin miedo. Dios tiene un gran pueblo en Madrid: ¡sigue hablando y no te calles!

No hay pastoral sin conversión personal

La clave para entrar en la nueva primavera de la Iglesia no es la aplicación de directivas del Papa, sino la conversión. No quiero dar lecciones a nadie, pero sin la conversión personal no hay pastoral. Somos las cinco vírgenes sin aceite ni luz. Por esto no vemos bien las preguntas alrededor nuestro. Conversión es una renovada acogida en la fe de la Palabra de Dios: conversión es crecer y dejar crecer la Palabra en la vida, como luz y fuente para cada día. El cristiano es antes que nada un discípulo. Convertirse es volver a ser discípulo: crecer interiormente y dejar crecer la Palabra. Gregorio Magno decía: “*divina eloquia cum legente crescunt*” (la Palabra de Dios crece con quien la lee). Gregorio explica: “en la medida en que cada santo progresa personalmente, en esa medida la Sagrada Escritura misma progresa dentro de él”. Esta dinámica viene a reflejarse en el seno de toda la comunidad eclesial. El crecimiento espiritual de uno se irradia sobre los demás.

A toda edad, estamos llamados a crecer. El Papa afirma: “No se nos pide que seamos inmaculados, pero sí que estemos siempre en crecimiento, que vivamos el deseo profundo de crecer en el camino del Evangelio...”. La Palabra de Dios nos restituye el corazón. Recordad cómo, después de la predicación de Pedro en Pentecostés, a los de Jerusalén “se les traspasó el corazón” (Hch 2, 37). Estamos en una sociedad en la que se pierde el corazón o se vive sin corazón. Ser emocionales o moverse por emociones no quiere decir tener un corazón. La Palabra de Dios restituye el corazón y hace ver a los demás con el corazón. Antes que nada, a los pobres, que son descubiertos como amigos, no como clientes de las instituciones caritativas. Quien ve con el corazón se da cuenta de los más periféricos de la ciudad: los pobres.

Jesús se conmueve ante las multitudes, -dice Mateo- “vejadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor” (Mt 9, 36). Implica en su mirada misericordiosa al discípulo, que ha reencontrado el corazón. Se podría decir que la pastoral es la implicación en la mirada misericordiosa de Jesús. Todos pueden implicarse en esta mirada si tienen corazón.

Los discípulos se agitan por el gran número de personas a las que hay que dar de comer en un lugar desierto y dicen a aquel soñador de Jesús: “¿Cómo hacernos en un desierto con pan suficiente para saciar a una multitud tan grande?” (Mt 15, 33). Jesús responde: “dadles vosotros de comer” (Mt 14, 16). ¡Tú puedes hacerlo! Quien empieza inaugura un circuito. Él mismo debe dar de comer a la gente, ocuparse de los demás con mirada pastoral y misericordiosa. De esta forma encuentra también colaboradores y otros obreros.

La amistad

Esto pide al pueblo cristiano que cada uno viva, responsablemente y con el corazón, la relación con los demás. En un cierto momento o lugar, cada uno es insustituible: está llamado a discernir las enfermedades profundas y a leer las preguntas. El sueño de una Iglesia de pueblo no es sólo sin límites, sino de un pueblo capaz de una mirada misericordiosa y pastoral en las llagas de la vida cotidiana. Las calles para encontrar a Jesús son infinitas. Muchas veces la cercanía al Evangelio empieza por el deseo de hacer algo por los demás. No despreciemos nunca que los pobres mismos tienen una profunda capacidad de evangelizar y de llamar al verdadero sentido de la vida. Nuestros servicios a los pobres no pueden ser instituciones asistenciales u ONG's, sino que están llamados a comunicar algo profundo. Muchas veces se cree que se da a un pobre, pero es él mismo quien da. Los periféricos de la vida muestran que el centro de nuestra vida puede estar con ellos.

Para encontrar hace falta estar cerca: en las casas, en los lugares de dolor, en las encrucijadas de la vida. Escribe Francisco en la *Evangelii Gaudium*: “Los cristianos tienen el deber de anunciarlo [el Evangelio] sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría ... La Iglesia no crece por proselitismo sino «por atracción»”. ¡Esto es clave! La incomprensión de la fuerza de atracción de la vida cristiana ha sido una de nuestras debilidades en la evangelización. Hay mucho atractivo: la liturgia, la oración, el contacto con los pobres, la amistad, la simpatía...

Hoy Francisco ha sembrado simpatía por la Iglesia a través de los gestos o los medios de comunicación: tenemos la responsabilidad de hacer crecer lo sembrado también lejos del recinto eclesial. Las puertas abiertas de las iglesias -dice el Papa- son “los signos concretos de esta apertura” a todos: siempre me he preguntado por qué nuestras iglesias tienen horarios extraños y cierran cuando la gente puede ir. ¡Cómo te atraen las puertas abiertas de las iglesias!

Gregorio Magno afirmaba: “Este gesto del Señor que envía a los discípulos de dos en dos a predicar significa, incluso sin el comentario de la Palabra, que de ninguna forma debe ejercer el ministerio de la predicación quien no tiene caridad hacia el prójimo”. No tenemos que dejarnos enjaular en una comunicación ideológica. El amor y la amistad son atractivos, más que la predicación. La amistad que circula entre los discípulos, el calor de las relaciones, la intensidad de la oración comunitaria, son atractivos. Una Iglesia de amigos de Dios, de amigos verdaderos, de amigos de los pobres... sabrá comunicar misericordia en un mundo de indiferencia o de odio. Por lo demás, en los Hechos de los Apóstoles, a veces los cristianos son llamados “los amigos”.

Debemos pedir al Espíritu el don de una simpatía inmensa. Pablo VI clausuró el Vaticano II hablando de una simpatía inmensa de la Iglesia por el mundo. La misión se hace en la amistad con los demás. Me ha impresionado que el gran misionero jesuita en China del siglo XVI, que trabajó para comunicar el Evangelio en la cultura china, Matteo Ricci, escribiese un libro sobre la amistad: *De amicitia*. Quería decir: antes que la misión hay que construir un clima de amistad. No hay misión sin amistad. La amistad es el puente. Una vida extrovertida, que se entrega, amiga, capaz de simpatía, de compasión... No se trata de conquistar, sino de construir espacios de amistad en los que el Evangelio se vuelva atractivo. Juan Crisóstomo decía: “Es mejor vivir en las tinieblas a que te falten amigos...”. Quizá por esto hay tanta oscuridad en nuestras ciudades.

Partir desde los periféricos

Francisco ha hablado de la Iglesia como de un “hospital de campaña”, capaz de plantar sus tiendas en la vida. Muchos están enfermos. Muchos necesitan curación. Los Evangelios están llenos de hombres y mujeres marcados por las más variadas enfermedades, físicas, psíquicas y espirituales. Jesús es esencialmente un predicador y un médico de las almas y de

los cuerpos. Durante siglos, de la lectura del Evangelio hemos expulsado las curaciones, como las hemos marginalizado en la pastoral. La enfermedad se deja muchas veces en los márgenes de la vida, en una periferia de la normalidad. Mucha gente, ante la enfermedad propia o de sus seres queridos, siente la necesidad de rezar, pero no sabe cómo rezar. Me he preguntado, ¿por qué no se reza por los enfermos de vez en cuando en nuestras parroquias? Está la desesperación de muchos por ser curados, acompañados en la oración, en el dolor. La oración por los enfermos debe volver a entrar más en nuestras comunidades. El drama de los enfermos llama a nuestras puertas.

No hablaré mucho de los pobres, los habitantes de las periferias urbanas y los humanamente periféricos. Los pobres -lo repito- no son usuarios de los servicios, sino hombres y mujeres con los que hablar, a los que hay que escuchar en su profecía muchas veces silenciosa, a los que hay que evangelizar y considerar parte de nuestra familia. Entre ellos no quiero olvidar a los ancianos, a quienes la sociedad les concede sólo una vida a medias, porque la idea corriente de vida plena coincide con la utilidad. De esta forma los ancianos tratan de hacerse los jóvenes, hasta que se derrumban, son aislados en las instituciones, inutilizados, privados de la dignidad, condenados a la expulsión de la familia, y periferizados en un espacio intermedio entre la ciudad de los vivos y los cementerios. La Iglesia, la casa de la gratuidad, descubre el valor de su presencia: son una gran reserva de cariño. Su oración protege del mal. En la Iglesia los ancianos tienen un futuro y la esperanza de la vida eterna. Es la visión de Joel: “vuestros ancianos tendrán sueños” (3,1). Es el signo de una Iglesia que da vida a las periferias de la existencia.

La otra palabra de Joel es: “vuestros jóvenes verán visiones” (ivi). El desafío es construir una visión común con los jóvenes, que miran al futuro de forma individual y competitiva. Quiere decir capacidad de encuentro entre ancianos/adultos/gente espiritual y jóvenes. Muchas veces estos necesitan maestros, referencias en una sociedad sin padre. Muchas veces hacemos de sociólogos, hablando de pastoral juvenil o nos lamentamos de la falta de jóvenes. El cardenal Martini decía: “A veces me irrito cuando me hacen preguntas genéricas, por ejemplo: ¿qué hay que hacer por los jóvenes? La categoría jóvenes no dice nada, es puramente biológica. Hay que tipificar lo más posible a las personas y a los jóvenes y pensar para cada uno una aproximación diferente”.

Que ninguno se pierda

Hemos hablado de conversión pastoral, pero ¿no son exhortaciones románticas? ¿No es un romanticismo argentino del Papa? ¡No! Vivamos la toma de conciencia de una gran tarea, quizá desmesurada para nuestras fuerzas, pero maravillosa: curar, ayudar, iluminar la humanidad enferma de una ciudad, plantar en las periferias humanas y urbanas a Jesús, centro de la vida. Una tarea fascinante: no hay otros que puedan realizarla en nuestro mundo. La *Mishna* relata lo que decía el gran sabio judío Hillel: “donde no hay hombres, esfuérzate tú por ser un hombre”.

Quizá el Señor ha respondido a la oración y ha mandado más obreros de los que pensamos. El Papa ha dicho al Consejo de los Laicos: “También vosotros, por tanto, alzad la mirada y mirad “fuera”, mirad a los muchos “alejados” de nuestro mundo... a los numerosos laicos de corazón bueno y generoso que de buena gana pondrían al servicio del Evangelio sus energías, su tiempo, sus capacidades, si fueran implicados, valorizados por parte de los pastores”. En mi experiencia de los últimos años, veo un crecimiento del ofrecimiento de la gente que quiere ayudar y servir. Ninguno puede perderse.

Hay un mundo de responsabilidades que hay que promover. El ideal de un pastor coincide con el de Moisés, hombre manso, verdadero líder del pueblo e intercesor. Cuando Josué fue a lamentarse de que otros profetizaban más allá de los Setenta, le dijo: “¿Es que estás tú celoso por mí? ¡Ojalá que todo el pueblo de Dios profetizara porque el Señor les daba su espíritu!” (Nm 11, 29). Este es el sueño: un pueblo de profetas, es decir, de hombres y mujeres que hablen de Dios.

En la historia hemos tenido una concentración de responsabilidades en el ministerio sacerdotal, por la que hoy muchas veces nos encontramos con una Iglesia clerical con pocos curas, lo que es una contradicción. Pero la gente busca al sacerdote, quiere su acompañamiento y su bendición. No podemos mirar sólo las estructuras: son el esqueleto del pueblo, que es la verdadera carne de la Iglesia. Un pueblo vasto, complejo, contradictorio, estratificado, de culturas y edades diferentes.

Por lo demás -hay que recordarlo- la Iglesia permanece como uno de los pocos lugares comunitarios en un mundo donde las asociaciones, las organizaciones y los partidos se van disolviendo y donde todo se convierte en virtual, por tanto individual. Un mundo -como dice un psiquiatra italiano, Luigi Zoja- en el que se verifica “la muerte del prójimo”. Las periferias

de nuestras ciudades están vacías de vida asociada, son muchas veces desiertos de soledad, donde no se encuentra quien escuche tu problema o quien comparta un poco de tiempo contigo. Hoy las dimensiones comunitarias y familiares de la vida se disuelven. Incluso la familia es a veces una isla asediada. La Iglesia, con su espesor, comunitaria, familiar, popular, permanece como una profecía en la sociedad, que recuerda lo que Dios dijo viendo al primer hombre: “no es bueno que el hombre esté solo” (Gn 2, 18).

Ser cristianos es un gran recurso de humanismo. Lo vemos en los acontecimientos más difíciles: el impacto con los refugiados y los migrantes, donde estamos llamados a desempeñar un papel de primer plano. Las instituciones no integran, son las comunidades las que integran. No podemos limitarnos a la acogida, sino que debemos hacer crecer un proceso de integración.

Muchas veces en la Biblia se habla de sueños, para indicar una realidad más allá de nuestros horizontes. El Papa Francisco tiene un sueño evangélico y pastoral: “el sueño de llegar a todos”. Hablando de conversión pastoral escribe: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación”. Es un llamamiento y una imploración.

Concluyo con una pequeña historia. Se cuenta que en los años 40, el arzobispo de París, el cardenal Suhard, hizo que le llevaran a las periferias desmesuradas de la ciudad y miró a la gente a través de la ventanilla del coche mientras repetía llorando: “¡Que ni uno solo de estos pequeños se pierda!”. Al secretario que le recordaba el inmenso esfuerzo realizado le respondía: “... en un siglo como este el sentimiento del deber realizado es una trampa” (G. Cesbron, *Los santos van al infierno*, Milán 1954, p. 302 y ss). Y a los primeros curas misioneros en la periferia les dijo: “Hay un muro que separa la Iglesia de las masas; hay que abatir este muro a toda costa para ofrecer Cristo a las multitudes que lo han perdido”. En Francisco late esta gran pasión de los evangelizadores del cristianismo. Es su sueño.

Feliz fiesta de San Juan de Ávila.